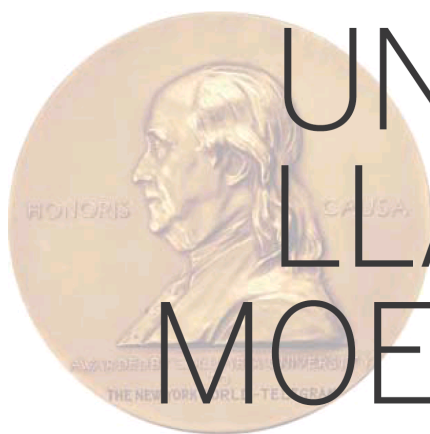


especial críticas



UN GENIO LLAMADO MOEHRINGER

Llega a nuestras librerías *El bar de las grandes esperanzas* (Duomo Nefelibata), del premio Pulitzer de periodismo J. R. Moehringer, una obra que conecta, sin sensiblerías, con nuestro casi olvidado espíritu de niño.

MARIO FERRER





Fue Joseph Pulitzer quien pronunció aquel famoso consejo periodístico: “*Que la realidad no te estropee una noticia*”. O, al menos, a él se le atribuye. En todo caso, Pulitzer compartió con su más duro rival, John Randolph Hearst –que inspiró la mítica *Ciudadano Kane* de Orson Welles–, la creación del “periodismo amarillo”. A despecho de su populismo periodístico, los premios que llevan su nombre son de un prestigio a toda prueba, quizá sólo por detrás de los Nobel. Y este preámbulo viene a cuento porque el autor del que vamos a hablar ganó el Pulitzer de periodismo en 2000, cuando empezó a pergeñar las “memorias” que conforman *El bar de las grandes esperanzas*.

Al sumergirnos en *El bar de las grandes esperanzas*, hay un momento en que parece que estamos a punto de oír las primeras notas del *Piano Man* de Billy Joel... *It's nine o'clock on a Saturday. The regular crowd shuffles in...* El bar nos recuerda al de la serie *Cheers* y su “fauna”, por supuesto, y también es inevitable, en un sentido mucho más serio, pensar en *Grandes esperanzas* de Charles Dickens –aunque en los títulos originales en inglés no se da esa coincidencia–, que narra la historia de cómo un huérfano se convierte en hombre. En este caso, la novela de Moehringer rinde homenaje directo y evidente al autor de *Oliver Twist*. Los puntos de conexión son notables, empe-

zando por el nombre del bar: el *Dickens*.

Moehringer tiene la capacidad de conmovir. No juega sucio, no emplea trucos –ni “baratos” ni “caros”–. Conmueve porque lo que cuenta es conmovedor: una suerte de autobiografía de un chico sin padre, rodeado de mujeres, en busca de modelos masculinos, y cómo crece entre personajes tan distintos como los que se dan cita en un bar ubicado en un suburbio de Long Island. El padre de Moehringer, un *disc jockey* de Nueva York que desapareció muy pronto de su vida, era alcohólico y trató en una ocasión de asfixiar a su madre con una almohada. Por eso ella tuvo que hacer todo el esfuerzo para sacar a su hijo adelante, mientras éste buscaba esas ansiadas figuras masculinas en el *Dickens* y empezaba a vislumbrar que en el futuro siempre hay esperanza.

Como dice el escritor Antonio Garrido, y es algo que se puede aplicar con toda justicia a *El bar de las grandes esperanzas*, en literatura lo que realmente importa no son las historias sorprendentes, sino los temas importantes. Moehringer ha sabido hacer importante su relato, porque, al fin y al cabo, no hace falta salir de un bar para vivir toda una vida. Como el *Piano Man* de Joel, Moehringer consigue –como sólo él sabe– hacernos sentir bien. Nos encantan las victorias “contra todo pronóstico”. ■



El bar de las grandes esperanzas
J.R. Moehringer
Duomo Nefelibata
464 págs. 19,80 €

EXTRACTOS DE EL BAR DE LAS GRANDES ESPERANZAS

LA MADRE

“A pesar de ser la persona más sincera que he conocido en mi vida, era una mentirosa extraordinaria. Para evitar causar dolor, para amortiguar el golpe de una mala noticia, mentía o fabulaba descaradamente, sin la más mínima vacilación”.

LA VOZ

“Como yo era tan pequeño cuando desapareció, no sabía qué aspecto tenía mi padre. Sólo sabía cómo sonaba, y aquello lo sabía muy bien. La voz de mi padre era tan profunda, tan imponente, que me reverberaba en las costillas y hacía temblar los utensilios de la cocina”.

LOS HOMBRES

“Hijo único, abandonado por mi padre, necesitaba una familia, un hogar. Y hombres. Sobre todo hombres. Los necesitaba para que me sirvieran de mentores, de héroes, de modelos a seguir, y como una especie de contrapeso masculino de mi madre, mi abuela, mi tía y las primas con las que vivía”.

EL BAR

“Como las historias de amor, los bares dependen de una delicada mezcla de coincidencia en el tiempo, química, iluminación, suerte y –tal vez lo más importante– generosidad”.

LOS LIBROS

“Bud podía hablar sin fin de la esperanza de los libros, de la promesa de los libros. Decía que no era casualidad que un libro se abriera igual que una puerta. Además, decía, intuendo una de mis neurosis, los libros podían usarse para poner orden al caos”.

LA ESPERANZA

“–¿De qué va este? –le pregunté al abuelo, alargándole *Grandes Esperanzas*. Estábamos con la abuela, desayunando.

–De un niño que tiene grandes es... es... esperanzas –respondió él.

–¿Qué son ‘esperanzas’?

–Son una mal... mal... maldición.

Desconcertado, me metí una cucharada de gachas de avena en la boca.

–Por ejemplo yo –añadió–, cuando me ca... ca... casé con tu abuela, tenía grandes es... es... esperanzas”.